

## En las soledades del Uganda



Si tenéis una imaginación exuberante, suponed que os halláis cazando en el interior de la selva africana. Habéis salido del campamento, sin otro objeto que el de inspeccionar los alrededores, con el firme propósito de no alejaros más que unos cuatrocientos metros a lo sumo. Por todo armamento lleváis una escopeta de caza por si algún pájaro raro se pone a tiro.

En efecto, una preciosa avecilla se posa en las ramas de un arbusto: disparáis un tiro al vuelo, y cuando, contentos por el acierto, váis a recoger el botín... ¡cambio de escena!

La detonación ha despertado a un rinoceronte que dormía tranquilamente tras los matorrales. El enorme y monstruoso animal apenas aspira el aire, cuando ya descubre vuestra posición; sus ojillos de miope no le permiten veros, pero le guía el olfato y, al galope, se lanza a la embestida.

Instante trágico; un segundo le bastará para alcan-

zaros y su cornudo hocico os mandará por el aire para después acabar aplastado por sus enormes pies.

Cherry Kearton, el famoso fotógrafo animalista, se encontró en esta posición crítica no hace mucho, en su último viaje de exploración por el solitario Uganda.

Diez o doce metros apenas le separaban del enfurecido monstruo; su presencia de espíritu no le abandonó, se arrojó al suelo y rodando apartóse de la trayectoria que seguía el animal.

El suelo temblaba bajo la pesada masa de la bestia que siguió viaje, arrastrada por el empuje de la carga.

Sin pérdida de tiempo, Mr. Kearton se arrastró hasta colocarse fuera del rastro de aire, y a cuatro pies, para no ser apercibido, se dirigió al campamento. Tomó allí su fusil de bala explosiva, volvió en el acto al lugar del suceso, llamando esta vez la atención del animal lanzando fuertes gritos.

El rinoceronte acudió al momento; Mr. Kearton le esperaba parapetado tras de un árbol. Una bala bien dirigida, penetrándole por la espalda, fulminó a la fiera.

En la fotografía primera se ve a Mr. Cherry Kearton apoyado sobre el lomo de su enemigo muerto.

En la segunda fotografía se puede ver otro rinoceronte no menos colosal que el primero, muerto también por el mismo cazador. En el flanco derecho de la bestia se puede apreciar el ancho boquete que la explosión de la bala ha producido.

Con tales armas, el exterminio completo de la gran fauna africana es desgraciadamente seguro, cuestión de años; y sólo en los museos cubiertos de polvo, podrán contemplarse las fieras que hoy son dueñas y señoras de aquellos desiertos.

